

## AQUELLOS MARAVILLOSOS AÑOS EN CRISTO REY

*Aventuras y desventuras de un inquieto estudiante interno en un colegio de jesuitas*

### PRÓLOGO

Hay libros que no se escriben con la intención de ser literatura, y sin embargo lo son. Porque la literatura, cuando es verdadera, no depende del artificio ni de la técnica, sino de la autenticidad con la que un ser humano se atreve a mirar atrás y tratar de encontrarse consigo mismo y contarse sus propias vivencias.

Este libro —Aquellos maravillosos años en Cristo Rey— pertenece a esa estirpe rara y entrañable de obras que nacen de la necesidad de recordar, de devolver a la vida a las personas, los lugares y los días que nos forjaron los cimientos de que sería nuestra vida.

Decía Miguel Delibes que escribir sobre la infancia es como volver a casa. Aquí, esa casa tiene nombre y muros: Cristo Rey.

Pero más allá de una ubicación geográfica, lo que el autor nos ofrece, no es un espacio físico, sino un territorio emocional. En sus páginas habita una España que ya no existe, la de las sotanas negras, las meriendas escasas y los sueños grandes; la de los internados donde el frío se combatía con humor y la soledad con la amistad y la complicidad con aquellos, a los que por fortuna o desdicha, les había tocado navegar en el mismo barco y sobre las mismas aguas.

Una época de disciplina férrea y de castigos en ocasiones poco medidos, pero también de compañerismo, de descubrimiento y de resiliencia.

Una época en la que todo costaba más —hasta reír—, y quizá por eso las risas se recuerdan más hondas y más sentidas.

Desde las primeras páginas, el lector comprende que no está ante unas simples memorias escolares, sino ante un viaje de regreso a los años que son la base de una vida.

Aquel muchacho, aquellos muchachos, porque las vivencias del autor pueden, en mayor o menor medida, hacerse extensivas a los que compartimos, como decía Serrat, pan cama y macarrones, que llegaron al colegio con pantalones largos por primera vez no sospechaban que allí aprenderían las lecciones más duraderas: el valor de la dignidad, la fuerza del humor frente a la autoridad, y la ternura que sobrevive incluso al castigo.

Lo que entonces fue un cúmulo de travesuras, decepciones y aprendizajes cotidianos, se transforma aquí en una crónica humana y universal.

Porque todos, tanto los que compartimos patio y aula con el autor, como los que ajenos a aquellas circunstancias hojean el libro por el mero placer de su lectura, en algún rincón de la memoria, conservamos nuestro propio Cristo Rey: ese lugar donde la inocencia se mezcló con la rebeldía y el mundo empezó a revelarse en toda su complejidad.

Hay algo profundamente generoso en la manera en que el autor recuerda y dibuja en vocablos, lo que vivió y sintió con alma y corazón.

No busca ajustar cuentas. No pretende idealizar el pasado.

Su mirada es limpia, y a veces irónica, pero nunca amarga.

Cada historia —el canuto, las flexiones, los castigos, los motes, los partidos de fútbol, los profesores con sus manías— está contada desde una cercanía que conmueve.

Y lo hace con una voz que es ya, sin pretenderlo, un documento del alma de una generación: aquella que creció en los años de plomo y esperanza, en una España austera, que sin saberlo se preparaba para un cambio y un salto a una reglas de convivencia más acordes con la libertad y la dignidad humana.

Hay libros que se leen con la cabeza, y otros que se leen con el corazón. Este se lee con ambos.

Porque a medida que uno avanza entre sus páginas, se descubre riendo, sorprendiéndose, y, de pronto, emocionándose por gestos mínimos: una madre

que prepara la maleta con esmero, un amigo que se gana un mote sin querer, un profesor que, tras la severidad, esconde su propia fragilidad.

Detrás del humor hay siempre ternura, y detrás de la nostalgia, una lección de humanidad.

El mérito de este relato no reside solo en lo que cuenta, sino en cómo lo cuenta.

La voz del narrador conserva intacto el pulso de aquel niño travieso, pero con el temple, la sabiduría y la generosidad del adulto que ha aprendido a perdonar y que valora aquella etapa, con sus nubes y sus claros, como una fortuna. Que aprecia al privilegio de haber pertenecido a esa élite que tuvo la gracia de disponer de unas enseñanzas tanto técnicas como humanas que forjarían la impronta (como diría don Emilio: que no es imprenta, es impronta) que les acompañaría y definiría durante toda su vida.

Hay en su escritura un ritmo que recuerda a las conversaciones junto al fuego, compartiendo vino con gaseosa, cigarrillos y canciones: una mezcla de confesión, anécdota y reflexión, contada con la naturalidad de quien no alardea de escritor, pero escribe mejor que muchos que lo hacen.

La gracia popular se entrelaza con una delicadeza literaria que no necesita adornos.

Basta una frase suya, una imagen sencilla, para que el lector vea, huelga, oiga y se sumerja en aquel tiempo.

El colegio Cristo Rey aparece aquí como un microcosmos de la vida: con su jerarquía, sus injusticias, sus amistades, su hambre y su risa.

Era un lugar duro, sí, pero también un laboratorio de humanidad y un entrenamiento de supervivencia.

De sus aulas salieron muchachos que aprendieron a resistir, a reírse de la autoridad sin perder el respeto, a inventar historias en medio del tedio, a crear lazos que el tiempo nunca rompió.

Por eso, estas memorias son también un homenaje colectivo: al compañerismo, a la educación, a la capacidad de sobrevivir al frío y al miedo sin perder la alegría.

El autor no escribe solo por sí mismo, sino por todos los que vivieron allí, por los que compartieron dormitorio, castigo o ración de lentejas.

Y esa conciencia de pertenencia convierte su testimonio en una celebración.

Hay momentos de auténtico fulgor narrativo: la anécdota del canuto que se convierte en leyenda, la primera carrera ciclista, las noches de castigo, los cines de barrio donde el mundo parecía más grande que los muros del internado...

Y entre todas ellas, un retrato constante de la infancia como territorio sagrado, donde el dolor y la risa conviven con una inocencia que ya no vuelve.

Esa mezcla —de ternura, humor y verdad— es la que da al libro su fuerza y su ternura.

Quizá lo más hermoso de estas páginas sea su capacidad para reconciliarnos con el pasado.

En tiempos donde la memoria se usa tantas veces para dividir, este libro la utiliza para unir.

Su autor no acusa ni absuelve: recuerda. Y al hacerlo, convierte la memoria en un acto de gratitud. Gratitud hacia quienes nos educaron, aunque no supieran hacerlo con ternura; gratitud hacia los amigos que compartieron los años difíciles; gratitud, incluso, hacia uno mismo, por haber sobrevivido a la confusión, a la necesidad, a la adolescencia.

Cada párrafo de AQUELLOS MARAVILLOSOS AÑOS EN CRISTO REY nos recuerda que lo vivido, con todos sus claroscuros, vale la pena cuando se transforma en palabra.

Que contar es otra forma de vivir.

Que mirar atrás no siempre es quedarse atrás, sino comprender de dónde venimos para entender quiénes somos.

Al llegar al final, uno no siente que haya leído un libro, sino que ha acompañado a un hombre en su viaje más íntimo.

Y entonces entiende que la verdadera memoria no está hecha de fechas ni de nombres, sino de emociones.

La emoción de un abrazo, de una reprimenda injusta, de una carcajada compartida, de un olor que regresa de pronto.

Eso es lo que el autor ha sabido rescatar: la textura humana de los recuerdos, aquello que solo quien ha vivido con intensidad puede transmitir.

Este libro es, en definitiva, una carta de amor a la infancia, escrita desde la madurez.

Una carta dirigida no solo a los compañeros de Cristo Rey, sino a todos los que crecimos en una España que aún tenía hambre y sueños.

Una carta que nos recuerda que la alegría puede sobrevivir a la dureza, y que el humor es, a veces, la forma más alta de resistencia.

Por eso, cuando uno termina de leerlo, siente el impulso de dar las gracias.

Gracias por las risas compartidas, por las lágrimas discretas, por la honestidad sin filtros con que está narrado todo.

Gracias por recordarnos que el tiempo no borra lo esencial: los vínculos, los afectos, la dignidad, el deseo de vivir.

Y gracias, sobre todo, por devolvernos esa voz de niño que aún late dentro de cada uno de nosotros, esperando ser escuchada.

Porque Cristo Rey no es solo el nombre de un colegio. Es el nombre de una época, de una generación y de una memoria colectiva que este libro rescata con emoción y verdad.

Y porque al leerlo, inevitablemente, volvemos también nosotros —conmovidos, sonriendo, quizá con un nudo en la garganta— a aquellos maravillosos años que creíamos perdidos, y que ahora, gracias a estas páginas, vuelven a vivir.

*José Luis Sanz Madrazo*

*Amigo entrañable del autor*